



MAYA ERIKSON

y el misterio del
laberinto

DESTINO

ISABEL ÁLVAREZ

MAYA ERIKSON

y el misterio del laberinto



ISABEL ÁLVAREZ

Ilustraciones de Marina Bruno

DESTINO

Destino Infantil y Juvenil, 2022
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrojuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Isabel Álvarez, 2022
© de las ilustraciones: Marina Bruno, 2022

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-08-25746-2
Depósito legal: B. 6.323-2022
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

EL VIAJE

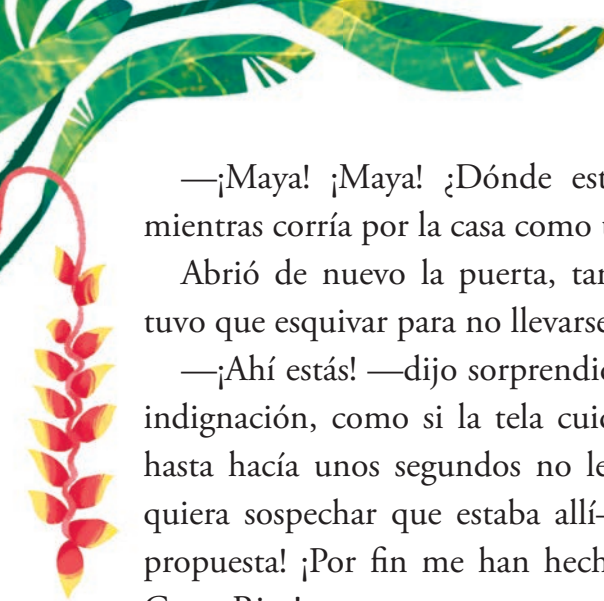
—¡Carta de mamá! —gritó el padre de Maya al entrar en el salón.

Movía un montón de papeles desordenados de un lado a otro, tan concentrado que ni siquiera se dio cuenta de que había hecho volar una sábana negra que estaba colocada sobre la puerta para tapar la luz que entraba por las rendijas. Maya había encontrado un antiguo carrete de fotos de su abuelo e intentaba revelarlo.

Un instante antes de abrir la boca para protestar, se dio cuenta de que sería inútil; su padre estaba tan absorto en sus papeles que no oiría ni una palabra. Resignada, se levantó y miró la carta.

Era una postal de una pirámide. Rebeca, la madre de Maya, era arqueóloga y llevaba varias semanas en una excavación en Egipto.

La dejó sobre la mesa, cerró la puerta y recolocó la tela con cuidado.



—¡Maya! ¡Maya! ¿Dónde estás? —gritó su padre mientras corría por la casa como un loco.

Abrió de nuevo la puerta, tan rápido que Maya la tuvo que esquivar para no llevarse un golpe.

—¡Ahí estás! —dijo sorprendido al verla con cara de indignación, como si la tela cuidadosamente colocada hasta hacía unos segundos no le hubiese hecho ni siquiera sospechar que estaba allí—. ¡Han aceptado mi propuesta! ¡Por fin me han hecho caso! ¡Nos vamos a Costa Rica!

—¡Bien! —gritó Maya dando un salto de alegría.

Sebastián era biólogo y se dedicaba a la investigación. Maya siempre se había preguntado cómo era posible, con lo despistado que era. ¡Si casi todos los días tenía que esperar en la calle a que ella llegase porque se olvidaba las llaves de casa en cualquier lado!

Fuera como fuese, llevaba meses tratando de convencer al equipo de científicos de la universidad de la necesidad de ir a Costa Rica para investigar algo (Maya no tenía muy claro el qué) relacionado con el ecosistema del bosque lluvioso y las aves que habitan en él. Y ¡por fin había conseguido que aceptasen su propuesta!

—Seguro que ha sido por pesado —murmuró.

Aunque seguramente podría haberlo gritado, porque su padre no lo habría oído de todas formas. Todavía estaba nervioso, caminaba de un lado a otro de la casa, dando pasos agigantados con sus piernas largas y delga-

das, moviendo objetos de aquí para allá sin hacer otra cosa que desordenar.

Lo cierto es que a Maya no le importaba el motivo del viaje, ¡estaba encantada con la noticia!

Ella y su familia vivían en un pequeño pueblo, en una casita con jardín, pero, por el trabajo de sus padres, pasaban largas temporadas en otros países, cosa que le encantaba. Tenía espíritu aventurero, muchas ganas de conocer el mundo, y siempre volvía con miles de historias que contarles a sus amigos.

—Haz la maleta, ¡nos vamos mañana! —gritó su padre desde la habitación mientras rebuscaba en los cajones.

Maya se fue a su cuarto, sacó la maleta del armario y metió la postal de su madre; los trayectos se le hacían largos, y así tendría algo para entretenerse, al menos un rato.

Después, se sentó delante de su escritorio, acercó el globo terráqueo y se dispuso a localizar Costa Rica. Le gustaba marcar con un rotulador el sitio al que iba, trazar el recorrido con el dedo e imaginarse sobrevolando ciudades, ríos, montañas...

Aquel iba a ser un vuelo largo, más de diez horas, según sus cálculos. Suspiró resignada y se fue a dormir. Haría la maleta al día siguiente, tenía tanta práctica que le llevaría cinco minutos.

Por la mañana, se despertó temprano. Se escuchaban golpes por toda la casa, así que salió de la habitación para ver qué pasaba. Vio a su padre caminar de un lado a otro, chocándose con cada mueble que se encontraba a su paso. Normalmente era algo torpe, pero desde el día anterior había pasado a otro nivel.

—¡Buenos días, cariño! —dijo dirigiéndose a ella con los brazos abiertos—. Vamos, prepárate, que en dos horas salimos hacia el aeropuerto.

Maya abrió la maleta y guardó lo indispensable: el pasaporte, el neceser, algo de ropa, el pijama... y un libro sobre momias que su madre le había regalado antes de irse a Egipto y que aún no había empezado. Pensó que el vuelo sería un buen momento para leerlo.



Después, fue a la habitación de su padre y revisó su maleta. Lo conocía bien y sabía que, en ausencia de su madre, ella tenía que tomar las riendas; era muy inteligente, pero no muy organizado. Maya, sin embargo, se parecía más a su madre, siempre tenía todo bajo control.

Como sospechaba, su maleta estaba a medias. ¡Ni siquiera llevaba el pasaporte! Se aseguró de meter lo necesario y, en dos horas, ya estaban de camino al aeropuerto. ¡Se iban a Costa Rica!



Nada más subir al avión, Maya sacó su libro y empezó a leer. Su padre había olvidado el suyo, así que decidió pedir un periódico.

—Maya, mira: ¡el miércoles habrá un eclipse y se verá desde Costa Rica! —anunció entusiasmado.

Había una foto del Sol medio tapado, un titular que decía «El Sol desaparecerá el próximo miércoles», y un artículo en el que explicaban que la Luna lo taparía por completo.

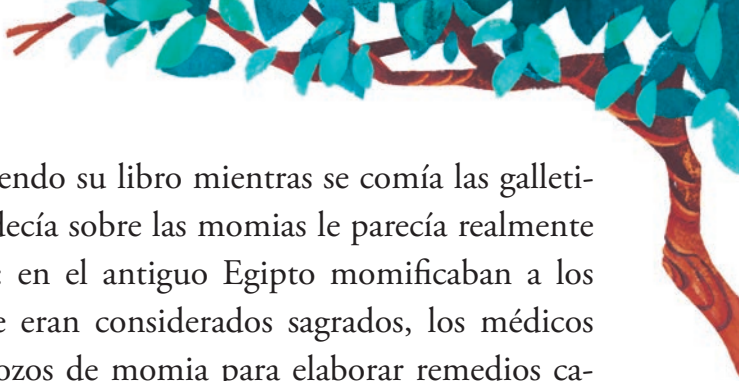
—Pero ¡qué tontería! —continuó Sebastián, ahora indignado—. ¡Cómo va a tapar la Luna el Sol! Lo que pasará será que ambos se alinearán con la Tierra, de forma que la sombra de la Luna cubrirá la Tierra, y entonces...

—¿Lo veremos? —lo interrumpió Maya, consciente de que su explicación se alargaría durante gran parte del viaje si no intervenía pronto.

—¡Sí! Es el día antes de volver a casa, así que nos dará tiempo. ¡Y será un eclipse total! Pero tenemos que encontrar unas gafas adecuadas, si no, no podremos mirar.

A Maya le pareció muy emocionante, cada vez le apetecía más aquel viaje. Los dos siguieron leyendo, Maya el libro y Sebastián el periódico, y a los pocos minutos ambos se quedaron dormidos con las cabezas colgando.

Un par de horas después, el ruido del carrito de una azafata que servía galletitas saladas despertó a Maya. Su padre ni se inmutó y ella decidió no avisarlo; los nervios no le habían dejado dormir en toda la noche.



Siguió leyendo su libro mientras se comía las galletitas. Lo que decía sobre las momias le parecía realmente escalofriante: en el antiguo Egipto momificaban a los gatos porque eran considerados sagrados, los médicos utilizaban trozos de momia para elaborar remedios caseros, estas estaban protegidas con maldiciones para evitar robos y varios arqueólogos habían sufrido accidentes inexplicables tras encontrarlas, y un montón de curiosidades más de las que no tenía la menor idea. Estaba tan impresionada que no podía levantar la vista del libro, solo la interrumpía la azafata, que ofrecía comida y bebida de vez en cuando.

Tras varias horas de lectura, acabó el libro. Miró a su padre, que seguía durmiendo, y se quedó dándole vueltas a todo lo que acababa de descubrir. Probablemente su madre no lo había leído porque, de haberlo hecho, le habría parecido demasiado terrorífico para regalárselo. Decidió que cuando hablase con ella la avisaría de lo de las maldiciones; aunque sus padres eran científicos y lo tacharían de leyenda por no haber pruebas que lo demostrasen, le pareció que no estaba de más prevenirla, por si acaso.

Pensando en esto, se quedó dormida y despertó con un anuncio del piloto.

—Damas y caballeros, comenzamos el descenso. Hay una lluvia intensa en estos momentos, lo que puede producir algunas turbulencias. Por favor, asegúrense de que

los respaldos de sus asientos están en posición vertical y las mesitas cerradas. Los cinturones deben estar abrochados hasta que el avión se detenga por completo, las persianas de las ventanillas, subidas, y el equipaje de...

—Papá, ¡papá! Despierta. —Maya zarandeaba a su padre, que parecía inmune a cualquier ruido.

—¿Dónde estamos?

—Ya hemos llegado.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó encantado—. Qué corto se me ha hecho.

Unos minutos después, aterrizaron en San José, la capital de Costa Rica. Era octubre y, aunque no hacía frío, llovía a cántaros. El aeropuerto era un edificio grande con las paredes de cristal y enormes fotos de animales exóticos. Estaba casi vacío y solo se escuchaba el agua golpeando las cristaleras.

Al salir, varias personas los esperaban con unos enormes paraguas negros. Uno de ellos se acercó al padre de Maya y lo saludó efusivamente.

—¡Querido Sebastián! Es un placer conocerte por fin en persona —dijo con un marcado acento inglés.

—Sir William, ¡es un honor! Gracias por interesarse por el proyecto, ¡con todas las propuestas que debe de recibir! —contestó él.

—Por favor, tutéame. ¡Ahora somos compañeros!

El padre de Maya parecía halagado y emocionado por conocer a aquel señor.

Un par de personas más se acercaron a ellos y les pidieron que se dirigiesen a los coches que los esperaban. Maya y su padre se subieron en uno y sir William en otro, junto a un chico joven. El resto de la gente que había allí se repartió entre otros dos vehículos.

—Aquí todos los coches son rojos —susurró Maya mirando por la ventana—. ¿Quién es ese tal señor William? —preguntó a su padre.

—Sir William —la corrigió él—. Es uno de los biólogos más prestigiosos de Europa. Lleva años trabajando en proyectos por todo el mundo, ¡y ahora se ha interesado por el mío! Solicité su colaboración pensando que no me respondería, pero le pareció interesante y... ¡aquí estamos!

Era más que evidente lo feliz que se sentía. Miraba por la ventana del coche y no podía contener la sonrisa de satisfacción.

—Estoy seguro de que aprobaron el proyecto gracias a su recomendación —continuó—. Dice que le interesan mucho las aves exóticas.

Tras algo más de tres horas de trayecto, el coche se adentró en la selva y se paró frente a una especie de campamento con pequeñas cabañas. Era un sitio bonito, repleto de plantas y flores.

Justo cuando estaban saliendo de los coches, la lluvia cesó y empezó a brillar el sol, tanto que en cuestión de

minutos el suelo estaba seco. Parecía como si nunca hubiese llovido.

Una pareja de unos cuarenta años salió a recibirlos.

—Usted debe de ser Sebastián —dijo la mujer mientras se acercaba con una sonrisa enorme—. ¡Bienvenido!

—Gracias, es un placer estar aquí. ¡Este sitio es precioso!

—Veo que viene bien acompañado, ¿es su hija? —preguntó mirando a Maya—. Me llamo Amelia, querida, ¿y tú? —continuó dirigiéndose a ella.

—Yo soy Maya, encantada.

Aquella señora parecía muy agradable.

—Tenemos un hijo más o menos de tu edad —comentó el hombre que estaba a su lado, también muy sonriente—. Se llama Oliver y está al llegar. Le gustará verte por aquí, no suelen venir muchos chicos de vuestra edad.

—¡Qué bien! Seguro que puede enseñarte la zona —sugirió Sebastián, que estaba feliz con la noticia. A veces trabajaba mucho y le alegraba que Maya tuviese a alguien con quien pasar el rato.

—Por supuesto que sí —continuó el hombre—. Yo soy Pedro y voy a enseñaros vuestra cabaña.

Extendió el brazo invitándolos a pasar al recinto. Avanzaron entre jardines por un caminito de bambú que se bifurcaba para llegar a las puertas de todas las cabañas. Pedro los dirigió hasta una que parecía de las más



grandes. Era de madera clara con una capa de paja sobre el tejado y estaba un poco elevada del suelo por cuatro pilares, uno en cada esquina, por lo que había que subir tres escalones para entrar.

Amelia abrió la puerta con una llave grande que tenía pinta de ser muy antigua. Era de metal y la parte por la que se agarraba tenía forma de un pájaro con unas alas enormes.

—¡Qué llave más rara! —dijo Maya.

—Las llaves de las cabañas son muy antiguas —le explicó Amelia—, las conservamos desde que se abrió este alojamiento. Eres muy observadora, Maya.

—¿Qué pájaro es ese? —preguntó Sebastián mirándolo confuso. Debía de ser muy raro para que él no lo conociera.

—Es un quetzal dorado.

—Ah, sí, he oído hablar de él —contestó con cara de decepción.

Ella y su padre entraron en la cabaña seguidos por la pareja. A un lado había una pequeña cocina con una sartén que tenía aspecto de ser tan antigua como la llave. En el lado contrario había un sofá blanco con un estampado de flores rosas y amarillas. A Maya le recordaba a los muebles de sus abuelos. Al fondo se abrían dos puertas que llevaban a dos habitaciones en las que entraba poco más que una cama. A la izquierda de estas, se encontraba el baño.

A pesar de que era bastante pequeña, era acogedora y tenía todo lo necesario para vivir.

—Esta será vuestra casa durante los próximos días —dijo Amelia—. Si necesitáis cualquier cosa, avisadnos. Vivimos aquí al lado. —Señaló por la ventana una pequeña casita que se veía a lo lejos.

—Gracias, sois muy amables —dijo Sebastián mientras los acompañaba a la puerta.

Después, él y Maya metieron sus maletas en las habitaciones y se sentaron en el sofá a descansar. Les resultó muy fácil sentirse cómodos en aquel lugar.

—Papá, ¿qué pájaro era ese? —preguntó Maya curiosa por comprender la decepción de su padre.

—¿Cuál?

—El de la llave.

—¡Ah! No es más que una leyenda. Por aquí dicen que es un ave especial, con no sé qué capacidades, pero nunca se ha demostrado su existencia, así que no esperes encontrarte un ejemplar.

Maya entendió entonces su cara: era un hombre de ciencia, no le gustaba nada que no pudiese probar.

Empezaron a hablar sobre los planes para los siguientes días.

—Mañana empezamos con la investigación, pero antes haremos un tour rápido por la zona. ¿Te apetece venir? —preguntó Sebastián.

—¡Sí! —contestó Maya entusiasmada. Le encantaba

conocer lugares nuevos y, por lo que había visto desde la ventana del coche, aquel prometía.

—¡Genial! El resto del equipo también vendrá, así que será un buen momento para conocerlos. ¿Sabes que uno de ellos acaba de llegar de la Antártida? Ha pasado allí dos años, estudiando los pingüinos. ¡El pobre solo tiene ropa de invierno y está pasando mucho calor!

—¡Pobrecito! Lo reconoceré rápido —dijo Maya riendo a carcajadas—. ¿Cuándo iremos nosotros allí?

Les encantaba planear sus próximos viajes e imaginar aventuras, y si se les unían su madre y su abuelo, podían pasarse horas fantaseando sin darse cuenta.

Hablaron hasta que Maya se quedó dormida en el sofá. Era muy temprano, pero casi no había pegado ojo durante el viaje y estaba cansada.

